

(Por) una diplomacia del agua

Loïc Fauchon

Es necesaria una diplomacia del agua que se ponga de acuerdo sobre el equilibrio de las masas de agua continentales, sobre el apaciguamiento de los posibles conflictos y sobre la refinanciación de la deuda de los países más pobres para mejorar el acceso al agua y al saneamiento.

Desde cuándo es el agua una preocupación fundamental para el hombre? Desde la noche de los tiempos, sin ninguna duda. Y mucho más cerca de nuestros días, la ingeniosidad del riego en Palmira o en Persépolis, la calidad de los acueductos romanos, griegos o de tantos otros, ponen de manifiesto que, a lo largo de los siglos, el dominio sobre el agua ha rayado en la obsesión. Porque sin agua no hay vida y por ello en cualquier época ha habido enfrentamientos, disputas por el control de un pozo o por la posesión de una fuente.

Más tarde, mucho más tarde, esta conciencia llegó a ser universal. Hubo que esperar hasta 1972, en Estocolmo, y hasta 1977, en Mar del Plata, para que la comunidad de los hombres confirmara el derecho de todos los pueblos a acceder al agua potable, de tal forma que puedan cubrir sus necesidades esenciales.

Desde ese periodo y año tras año, las Naciones Unidas, su Asamblea General, sus agencias y la mayoría de los Estados han manifestado su deseo de que se preste una mayor atención a los problemas de agua y de saneamiento que sufre el planeta. Estos problemas pueden resumirse en dos cifras que se citan habitualmente: 1.500 millones de seres humanos carecen de acceso permanente al agua potable y casi el doble, 2.500 millones, no disponen de condiciones sanitarias.

Un número tan elevado de individuos afectados por este tipo de necesidades merece, evidentemente, una política consolidada que se prolongue en el tiempo y con unos objetivos concretos.

Loïc Fauchon es presidente del World Water Council (Consejo Mundial del Agua).

Una política mundial del agua es la razón de ser del Consejo del mismo nombre creado en 1996: que se acepte la idea de que no existe desarrollo humano sin agua y que los responsables de todo tipo deben clasificar su control y distribución del agua como una prioridad absoluta de las próximas décadas. De ahí el lema “los grifos antes que los fusiles”, que expresa esta voluntad de una forma especialmente enérgica.

Los objetivos concretos proceden de la reunión de naciones que constituyó en 2002 la Cumbre de Johannesburgo para el Desarrollo Sostenible: reducir a la mitad, desde ahora hasta 2015, el porcentaje de personas que no tienen acceso al agua potable y al saneamiento.

Ésta es la situación tal como la plantean los dirigentes de este mundo: una toma de conciencia real, unas realidades mejor entendidas, unas soluciones identificadas, pero medios tan insuficientes como poco adecuados.

Porque la carretera que lleva al agua para todos es todavía larga, si es que algún día se termina. Está llena de curvas sinuosas y de precipicios insondables, y sembrada de innumerables obstáculos. Todos deben saberlo. Y decirlo es un deber.

¿Cuáles son los obstáculos que se alzan ante nosotros?

El agua dulce está presente en el planeta en cantidades ingentes, pero no necesariamente donde la población la necesita.

La población mundial crece rápidamente; se establece y se concentra en unas decenas de megaciudades. La disponibilidad de agua no se corresponde con las necesidades que se derivan de esta evolución. Muchas de estas grandes ciudades están sedientas o lo estarán a lo largo del siglo, a falta de medidas, a veces autoritarias, que deben adoptarse con rapidez.

La actividad económica, principalmente la agrícola y la industrial, contamina gravemente el agua y el aire. Esto amenaza la salud de miles de millones de seres humanos. Pero sobre todo deteriora la calidad de los recursos hídricos. Y en proporciones que actualmente justifican que, al mencionar el estado de los ríos o de las capas freáticas, se hable de “bombas sanitarias” de una nueva clase.

Por último, está la cuestión de la evolución del clima. Excesivamente tratada por los medios de comunicación, angustia a la población, que adivina una amenaza pero que no siempre comprende la realidad.

En este terreno conviene permanecer vigilante y a la vez ser responsable. Es cierto que se han observado científicamente variaciones significativas de la temperatura durante el siglo XX, con una aceleración durante los últimos 25 años.

Evidentemente, si hacemos una previsión basándonos en el mismo ritmo, debemos preocuparnos por el siglo que comienza y considerar soluciones a escala planetaria.

Es evidente que las masas de agua, su localización y su estado están sujetas a estas variaciones. Pero no hay que confundir el abastecimiento con la sobreexplotación. Actualmente, la segunda tiene consecuencias más perjudiciales para la actividad humana que la primera. Es el caso tanto de la capa de Pekín que se reduce varios metros al año como del exceso de regadío de algunos campos españoles.

Se ve así claramente que el hombre sigue siendo el primer enemigo del agua, y que el clima no debe ser la cabeza de turco que nos haga olvidar nuestros errores y nuestra incapacidad para hacer que evolucione esta permanente relación entre el hombre y el agua.

Porque el problema que nos ocupa es en primer lugar cultural y político, más que técnico o financiero. ¿Queremos que los hombres y mujeres que pueblan esta tierra sigan teniendo derechos desiguales respecto al acceso al agua y al saneamiento? ¿Podemos plantearnos ofrecer a nuestros hijos un mundo en el que no podrán respirar o beber hasta saciarse?

Claro que no, diríamos cualquiera de nosotros, para quienes la respuesta no admite discusión. En este caso, no es de prioridad ni de urgencia de lo que hay que hablar, sino de una condición previa.

Sí, el acceso al agua es una condición previa. Previa a la vida, previa al desarrollo, previa a la prosperidad, previa a la felicidad.

El aire y el agua son los desafíos del mundo moderno. La humanidad sabrá solucionar los otros problemas si sobrevive a los dos primeros. No imaginemos excitantes guerras del agua que, a fuerza de ser anunciadas, solo crean algo de inquietud en los medios de comunicación. Preparemos sobre todo la batalla de las condiciones previas. Una batalla pacífica, para que el derecho, el dinero, el gobierno, el conocimiento, en resumen, nuestras capacidades en la misma medida que nuestra inteligencia, se dediquen, en primer lugar, a solucionar estas cuestiones primordiales.

¿Cómo conseguirlo?

Evidentemente, la respuesta no es sencilla porque, ante todo, es preciso convencer.

Convencer de que es necesario consumir menos en todas partes y para cualquier uso. No solamente dándose una ducha en lugar de un baño o utilizando una cisterna de doble descarga.

Los verdaderos desafíos no están ahí. Están en el agua de la agricultura, de la energía, de la industria. Ahí están las franjas de la economía que pueden hacer que evolucione ostensiblemente el mapa del consu-

mo. Nos espera un increíble trabajo de sensibilización en el que la zanahoria se mezclará con el palo. Nosotros no escaparemos de esto, y tampoco nuestros hijos y nuestros nietos. Y, sin duda, los más jóvenes ganarán esa batalla en nuestro lugar.

Pero esto no será suficiente, porque es necesario administrar mejor el agua, mucho mejor. Convencer de las virtudes universales del riego por goteo, controlar las fugas, prevenir la contaminación; el talento del hombre se pone a prueba para idear soluciones nuevas y audaces.

Las innovaciones más recientes introducen ya un nuevo reparto de la geografía del agua. Buscaremos el agua en zonas más profundas, con cuidado de no desecar las entrañas del planeta. Protegeremos mejor las capas profundas de agua de lo que lo hemos hecho hasta ahora con los yacimientos petrolíferos.

Controlaremos cada vez mejor la separación del agua y la sal. No solo en lo que respecta a la desalación del agua del mar, sino también en lo que se refiere a esos millones de kilómetros cuadrados debajo de los cuales el agua de las capas es salobre. La utilización de la ósmosis inversa y la inmensidad de algunas instalaciones han hecho bajar considerablemente los precios. Y bajarán más para hacer accesible el uso de esta tecnología a un número cada vez mayor de países afectados por el “estrés hídrico”.

Y simplemente, prestaremos más atención al empleo futuro de cantidades significativas de sales de todas clases que no podrán volver al medio natural sin dañar los ecosistemas marinos y fluviales.

Trasvasaremos el agua de una región a otra, recorriendo distancias cada vez mayores. Argelia va a embarcarse en un trasvase de cerca de 800 kilómetros en el sur del país. China proyecta una obra titánica de más de 3.000 kilómetros de longitud para paliar las penurias que ya sufre el norte.

Sabremos reciclar el agua depurada para utilizarla en el ámbito agrícola o en el del ocio. “Nunca más una gota de agua al mar”, decía Hassán II, el anterior rey de Marruecos. Claro que esto aún no es del todo verídico, pero mañana podemos imaginar una especie de nuevo “pequeño ciclo” del agua que retrase o atenúe el paso por el gran ciclo, con la vuelta al mar, después al cielo por evaporación y luego la realimentación de la tierra, a través de la lluvia y de la nieve.

Bombear, desalar, trasvasar, recargar, el agua en todos sus estados requerirá siempre más energía, cada vez más energía, y se apreciarán especialmente las energías renovables. También en este ámbito son considerables los avances que hay que llevar a cabo. Llegarán día tras día. Progresaremos en la energía solar, la eólica, la geotérmica y la nuclear consiguiendo mayores rendimientos y menores costes, pues no hay ninguna duda de que el hombre sabrá dominarlas mejor. Y el agua será una

de las primeras en beneficiarse. Indudablemente, el acceso al agua depende de los avances en relación con la energía. La suerte de ambas está ligada indisolublemente y, por ello, los dos consejos mundiales de la energía y del agua han decidido trabajar en colaboración de manera firme y duradera.

Muchas otras innovaciones espectaculares, derivadas de los esfuerzos en investigación y desarrollo, ampliarán significativamente la gama de soluciones tecnológicas que podrán aplicarse para permitir un mejor acceso al agua.

Sí, las cosas cambian, y cambiarán más deprisa en la medida en que sepamos hacer entender a los responsables que el problema está ante nosotros, en el corazón de las próximas décadas. Únicamente la presión de la opinión pública, relevada por los medios de comunicación y causada por el temor a un aumento de las tensiones ante la falta de agua, permitirá dar a esta cuestión la dimensión de un verdadero desafío planetario.

En esta fase del razonamiento se comprende que, por analogía, el problema del agua se desplaza hacia dos nuevos aspectos:

- El primero es que nos enfrentamos a un problema de accesibilidad de los recursos: el agua existe, pero es indispensable para la supervivencia del género humano que esté donde se la necesita y en el momento en que se necesita.

- El segundo es que el debate ya no será tecnológico, puesto que las soluciones avanzan, sino más bien político, con sus diferentes componentes financieros, jurídicos, institucionales y educativos.

Tanto el agua como el aire forman parte de las nuevas carencias y la noción de escasez es ante todo económica. ¿Son un fenómeno duradero estas carencias nuevas?

Sin duda es así en el caso del agua y este hecho plantea la cuestión de saber cómo actuar respecto a esta escasez y a su carácter perdurable.

La respuesta depende indudablemente de lo que podríamos llamar la accesibilidad política, que a su vez depende de cuatro factores:

- Liberar los recursos financieros, pero no solamente con un aumento de la financiación que pondría las inversiones del agua a la altura de las del teléfono. Los empresarios del sector, así como el ahorro local, constituyen una oportunidad aprovechable si las cuentas públicas del agua y el saneamiento son a la vez independientes y transparentes, y si la inversión en este campo es a la vez provechosa y conveniente.

Tanto el agua como el aire forman parte de las nuevas carencias y la noción de escasez es ante todo económica

▫ Afirmar claramente el derecho de cada individuo al acceso a los recursos. El derecho al agua no es la gratuidad del agua, sino el reconocimiento de la condición previa que mencionamos antes. Es la afirmación de una prioridad gracias a la cual se reconocerá la dignidad de todos.

▫ Distribuir la administración del agua entre los oportunos niveles institucionales: el Estado y las organizaciones internacionales para que legislen y obliguen a respetar las políticas verdaderamente estratégicas; la cuenca hidrográfica, que da una verdadera coherencia a la creación de infraestructuras para la protección y el aprovechamiento; y el escalafón local, que es el que sabe mejor que nadie cómo organizar la distribución de los recursos y la lucha contra la contaminación.

▫ Transferir y adaptar los conocimientos a las necesidades de los países y las regiones más pobres. Los programas de investigación y desarrollo no pueden seguir estando siempre al servicio de una lógica puramente económica. Nos falta inventar soluciones sencillas y menos costosas, y admitir que la futura estación depuradora de Bamako no puede ser igual que la de Zaragoza.

Para que estas disposiciones, estas soluciones simples y a escala del mundo contemporáneo, puedan aplicarse rápidamente, la comunidad internacional necesitará, sin duda, un instrumento de concertación y un método de organización. No cabe duda de que en los próximos años las formas de la ayuda al desarrollo evolucionarán con la aparición de lo que llamamos los países del centro. China e India, desde luego, pero también Brasil, Marruecos, Turquía, Emiratos Árabes Unidos, Indonesia y otros –que son a la vez nuevos banqueros internacionales y proveedores de ideas y soluciones técnicas y financieras– aparecen ya en este escenario.

Existe una necesidad urgente de una diplomacia del agua que al mismo tiempo se ponga de acuerdo sobre el equilibrio de las grandes masas de agua continentales, sobre el apaciguamiento de los posibles conflictos en relación con las diversas cuencas que trascienden las fronteras y sobre la refinanciación de la deuda de los países más pobres para favorecer el acceso al agua y al saneamiento. En lo relativo a este último punto, la concertación es esencial entre donantes bilaterales y multilaterales, para que las cancelaciones y las reducciones de deuda se concedan con la condición de que se reinviertan preferentemente en el ámbito del agua.

La causa del agua solo progresará si se debate. De la misma forma que hay aceleradores de partículas, esta causa necesita un “acelerador de eficacia”, que permita por fin la elaboración de una estrategia política del agua a escala internacional y la garantía de una auténtica responsabilidad colectiva.